

Carlos Fuentes

Homenaje de una generación

Sergio Pitol

Una constelación de grandes autores y personalidades —Miguel Alemán Velasco, Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo, Enrique González Pedrero y Sergio Pitol— recuerdan los tiempos universitarios en que compartieron con Carlos Fuentes magisterios, inquietudes y exploraciones intelectuales. Esta serie de instantáneas nos asoman no sólo a la juventud literaria del autor de La región más transparente, Aura y Terra Nostra, sino a su permanente interés por los temas artísticos, políticos y sociales.

Conocí a Carlos Fuentes a principios de la década del cincuenta, durante el curso de Teoría General del Estado que en la Facultad de Derecho impartía don Manuel Pedroso, ese “maestro al estilo medieval” que formó a todo un grupo de jóvenes convulsos, entre los que se encontraban Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Porfirio Muñoz Ledo, Luis Prieto, Fuentes y quien esto suscribe. Él por entonces era un muchacho de veintidós años recién llegado de Ginebra y París, vestido siempre con elegancia y poseedor de una enorme habilidad verbal desinfectada de las manías que regularmente afean a quien se sabe con el inmenso bagaje que, por otra parte, sin duda poseía. El aplomo con que sabía moverse, sumado a la diferencia de edad lo hacían parecer un joven profesor recién desembarcado de Europa, casi un personaje de Henry James que vuelve a su país después de haber realizado el *grand tour* por las principales capitales del mundo.

Fue durante esas sesiones interminables en las que Pedroso saltaba con la mayor naturalidad de temas como la filosofía política al comentario de Balzac, pasando por los Siglos de Oro, Campanella o Galdós, que hablamos por primera vez. Ambos admirábamos esa aparente falta de método para la enseñanza con que don Manuel desplegaba los saberes más heterogéneos, dando la impresión de saberlo todo y de poder coordinar todos sus conocimientos en un solo haz de ideas. Cualquier comentario suyo, aun el más banal, resultaba cargado de un sinnúmero de significaciones.

Entre otras cosas, fue gracias a ese método poroso, elástico y aglutinante, que aprendimos que la cultura era algo que se integraba a la vida en las formas más elementales. Pedroso nos estimulaba no solamente como manejador de ideas, sino también de manera vital. Su vida novelesca, su juventud en Alemania, su independencia de pensamiento, su excentricidad, nos ayudaban a qui-

tarnos muchos pesos de encima y a que kilos de telarañas se desvanecieran frente a nuestros ojos.

En más de un sentido, la obra de Carlos Fuentes está sustentada en ese cruce entre Historia, cultura y vida privada. Cuando don Manuel recomendaba leer a Dostoievsky o a Balzac para entender los vericuetos del derecho penal o el mercantil, en realidad reforzaba en nosotros la idea de que no hay ninguna forma de conocimiento que no implicase, de una u otra manera, a las regiones más básicas de la vida humana, el drama diario de la existencia tensado entre fuerzas sólo en apariencia abstractas.

Sólo tres años después de haber atravesado las aulas de la Facultad de Derecho, Carlos Fuentes escribiría los libros que lo convertirían en una de las referencias imprescindibles de la literatura mexicana, y una figura primordial que supo hacer de su vida, acompañado siempre por Silvia Lemus, una búsqueda invariablemente combativa de las glorias, las infinitas derrotas, las dignidades y la mezquindad de un país tan endiabladamente complejo como lo es el México contemporáneo, al que dotó, sin ninguna duda, de un rostro inseparable ya de su obra.



Homenaje a Carlos Fuentes en la UNAM, Centro Cultural Universitario, 11 de noviembre de 2012



Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Silvia Lemus, María Teresa Uriarte, Hernán Lara Zavala, Miguel Alemá Velasco y Porfirio Muñoz Ledo